

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo, junto con el Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que durante el próximo número continuará distribuyéndose como obsequio para los suscriptores de la revista *El Malpensante*.

El número 16 de esta colección es una selección de textos poéticos de HÉCTOR ROJAS HERAZO, bajo el título de *Antología*, realizada por MIGUEL MÉNDEZ CAMACHO con la colaboración de la hija del poeta, PATRICIA ROJAS BARBOSA.



N.º 16

HÉCTOR ROJAS HERAZO

ANTOLOGÍA

**UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO**

2005

ISBN 958-710-

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2005

Derechos exclusivos de publicación y distribución de la obra

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá, Colombia. Fax 342 4948.

www.librosuexternado.com

Primera edición: noviembre de 2005

Diseño de carátula y composición: Depto. de Publicaciones

Fotomecánica, impresión y encuadernación: PANAMERICANA,

formas e impresos S. A., con un tiraje de 13.500 ejemplares

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestrosa
Rector

Hernando Parra
Secretario General

Miguel Méndez Camacho
Decano de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo

Clara Mercedes Arango
Directora de Extensión Cultural

Esa luz puesta al aire que es un hombre...

QUEVEDO

*“Este es exactamente el límite.
Nadie dirá nada hermano mío,
estás entre las lámparas”*

HÉCTOR ROJAS HERAZO

CONTENIDO

Límite y resplandor	11
La casa entre los robles	13
El extraño	16
Canción	17
Verano	18
Recado para un transeúnte	19
Creatura encendida	21
Primera afirmación corporal	23
Clamor	27
Encuentro un memorial en mis costillas	29
Al pie del cascabel crecen dos ojos	32
Cantilena del desterrado	34
La reina	36
Espina para clavar en tus sienes	37
Jaculatoria corporal	38
Atónito suspenso	41
Súplica de amor	43
Un hombre al lado del camino	44
El deseo	45
Los pescadores	47
Responso por la muerte de un burócrata	48
Epitafio a los dos adolescentes	53
Confianza en Dios	54

Menester	56
El amigo	57
Otra vez el amigo	58
Contando con los dedos	60
Anciano ante el espejo	62
Inventario a contraluz	63
Poema de la profunda despedida	65
Sentencia	68
EL AUTOR	70

LÍMITE Y RESPLANDOR

Algo me fue negado desde mi comienzo,
desde mi profundo conocimiento.
Y he velado dulcemente
sobre las espadas que segaron mi luz.
Con nocturno rostro me he alzado
a batallar en el esplendor de mis dormidas normas,
con el pavor de mi júbilo primero
y en otra sombra abatida he pronunciado mi nombre,
mi tremendo, mi orgánico nombre,
mi nombre de filo y de simiente
bajo el sueño de un ángel.
Mis apetitos totales he derramado
como un tributo de reconocimiento,
mi olfato y mi tacto como duros presentes.
Mis olvidados sacrificios he reunido,
mis anteriores fuerzas,
mi casto furor,

mi más antiguo y añorado fuego.
Y he aquí que todas mis potencias
no logran arribar al límite de lo perdido.
En otra edad dichosa
mi palabra fue herida de terrestre amargura.

LA CASA ENTRE LOS ROBLES

A un ruido vago, a una sorpresa en los armarios,
la casa era más nuestra, buscaba nuestro aliento
como el susto de un niño.

Por sobre los objetos era un dulce rumor,
una espina, una mano,
cruzando las alcobas y encendiendo su lumbre
furtiva en los rincones.

El sonido de un hombre, el retrato,
el reflejo del aire sobre el pozo
y el día con su firme venablo sobre el patio.
Más allá las campanas, el humo de los cerros
y en un dulce y liviano confín, entre la brisa,
el pájaro y el agua levemente cantando.

Todos allí presentes, hermano con hermana,
mi madre y la cosecha,
el vaho de las bestias y el rumor de los frutos.

Adentro, el sacrificio filial de la madera
sostenía la techumbre.

Una lluvia invisible mojaba nuestros pasos
de tiempo rumoroso, de fuerza,
de autoridad y límite.

Pasaba el aire suavemente, buscaba sombras,
voces que derramar,
respiraba en los lechos, dejaba entre los rostros
su ceniza dorada.

Era entonces el día de hojas, de potente zumbido,
el día para el cántaro, la miel y la faena.

Como un don de reposo llegaba a nuestro cuerpo
la noche con su carga de remotas espigas.
Nuestro pan, de anhelado resplandor,
nuestro asombro

y las lámparas derramando sus ángeles
sin prisa en los espejos.

Como un hombre que anhelara su parte,
su sitio en nuestra mesa,
el viento dulcemente flotaba en los manteles.

La quietud de los muebles, las voces, los caminos,
eran todo el silencio de la noche en el mundo.

Llenando de inaudible presencia las paredes,
habitando las venas de pie frente a las cosas.

Buscaban nuestras manos un calor circundante
e indagaban los ojos otra piel impalpable.

Algo de Dios, entonces, llegaba a las ventanas,
algo que hacía más honda la casa entre los robles.

EL EXTRAÑO

Un día vendrán
todos aquellos que me amaron
para decir:
no nos reconocemos en tus gestos.

Otros vendrán cantando
a decir con dulzura:
sólo el tiempo ha podido
doblar su cabellera.

Pero vendrá el hermano
con un ángel y un niño:
mirarán simplemente mis ojos
y arderán en silencio.

CANCIÓN

Después vino el encuentro con el mar
y la construcción de los grandes navíos
para alcanzar el horizonte.

Los belfos de los corceles era todo el recreo de los guerreros
en la vasta contienda de arena.

Yelmos derramados y lanzas

¡y mujeres pariendo frente a la espuma!

VERANO

Me iré de mañana
y buscaré un color lila sobre el campo
y me detendré bajo un árbol grande
a contarme,
hasta lograr sumas musicales,
los diez dedos de mis manos.
Y miraré las hormigas royendo un zapato
mientras los saltamontes
fabrican, élitro por élitro,
el zumbido del día.

RECADO PARA UN TRANSEÚNTE

Antes de mirar por el ojo de una cerradura
o de aspirar el olor a hombre escondido
que tiene el aire en un patio abandonado.

Antes de redondear una uña con tus dientes
o degustar el sabroso sabor gástrico
que tienen tus encías a la madrugada.

Antes de mirar el sol dorando

la testa de un convaleciente.

Antes de todo esto,

ordena bien un grupo de minutos amargos
que subsistan más allá de tu vientre.

Entonces podrás sorprender un brazo
al saludar a nadie desde el más claro sitio de una casa.

O encontrar a una mujer en una ciudad

populosa y desconocida

guiándote, únicamente, por el olor de sus gestos
y la energía de sus pezones.

Después hablaremos.

Algún día hablaremos de todo esto en una isla olvidada donde los cocoteros tienen un timbre, musical y doloroso, como el de una anciana que acaba de dar un paso en falso y escupe sus miembros sobre raíces polvorientas.

CREATURA ENCENDIDA

No es solamente el flujo de la tierra
lo que ha de herir el vidrio de mis ojos.
No es este gasto de sudor y lodo
ni esta ceniza que me puso un nombre
lo que he de combatir y me combate.
Es mi propia creatura, mi sonido de siempre,
mi forma de estar vivo aunque no tenga
un cuerpo qué gastar
o un tacto entre los dedos.
Es esta furia mía de saberme encendido,
de tener claridad,
de ser zumbido,
silbo de Dios,
silueta diferente.
De estar dentro de mí constituido
para seguir arando sin arado,
para seguir tejiendo sin aguja,

para tener un poco de mi ruido
disperso en un rincón o en un suspiro.
Es esta firme cantidad de esencia
para sufrir, para escanciar destino,
esto que me suplica y me conoce,
que madura mi luto desde siempre.
Este saber que no hay descanso,
ni agua para apagarse,
ni polvo que nos cubra ni deshaga.
Somos esto, sepamos, somos esto,
esto terrible y encendido y cierto:
algo que tiene que vivir y vive
por siempre sollozando pero vivo.

PRIMERA AFIRMACIÓN CORPORAL

Dulce materia mía, lento ruido,
de hueso a voz en nervios resbalando.
Tibia saliva mía, espesa mezcla
de mis células vivas y mi lengua.
De sigilosas venas, de sonidos,
por extraños follajes amparados,
mis dos brazos irrumpen, mis dos brazos,
ávidos de tocar, de ser externos,
como dos instrumentos de agonía.
¡Y tanto muro para tantos besos,
para tantas miradas y tobillos
para tanto plumón y cabellera
al viento somatén dolido y frío!
Este soy yo. Lo sé, lo reconozco,
lo dicen mi volumen y mi sombra,
lo repite una casa y una aldaba,
y un vientre azul lo esparce por el aire

a otras narices y rodillas solas.
Este soy yo. Lo digo con mi fuego,
lo afirmo con mi olor y mi latido
y la luz de mi traje lo pregona.
Ahora soy de cartílago y rocío,
de tarde, de vainilla y cementerio.
Un hombre oculto, un hombre que camina,
un pueblo celular, desconocido,
con hígado y pulmón tras su mirada.
¡Con tanta rosa viva, tanta luna,
tanto ruido bramando y yo tan solo!
Yo solo aquí, miradme, entre mis huesos,
embutido en mi piel y mis maneras.
Náufrago de mi sangre.
Responsable de un pecho y una risa,
apretado de nombres y temores,
con orejas corriendo atolondradas,
con suelas que deshacen la madera,
con hambre de vivir y ser vivido,

con hambre de gritar y que me entiendan
los lirios, las monedas y las tapias.
Este soy yo, lo digo simplemente:
un hombre que se muere por la tarde
para encender al alba su garganta,
un hombre que conoce sin saberlo
a todo lo que vive y se incorpora,
a todo lo que muere y resucita,
a lo que duerme entre la sal y el cielo.
No me pongan un rótulo.
No le pongan color a mi destino.
No me pinten de azul o de amarillo
o de rojo encendido o verde mora
el sudor de mi axila o mi cabello.
No pongan a derecha mis sentidos
ni a izquierda mi dolor y mi sonido.
Yo soy de aquí. De aquí, de donde piso,
de donde crezco y muero,
donde tiemblo y espero,

donde tengo parada mi estatura
y mis cinco sentidos verticales.
No me llamen, siquiera, por un nombre.
Llámenme simplemente
como se llama frío a lo que hiela
o fuego a lo que quema
o viento a lo que esparce y multiplica.
Porque ésto soy, no más, esto que miran
sufrir aprisionado en el vacío:
una mezcla de sangre, hueso y nada,
de agua sedienta y anhelante frío.

CLAMOR

¡Ay!
árboles rudos, sin eco,
rostros rudos,
no castigáis mi frente,
no volváis vuestros ojos.
Miradme simplemente.
Soy un ángel o un sueño
o un duro ser que toca
palpable y castigado.
¡Abeja, niño, muerte,
azotea en la tarde,
diciembre como enero
igual a tantos lirios!
Alguien me puso un sello
y un poco de ceniza
disolvió entre mis venas
y el aire de mis hombros.

Quiero algo que responda.
Algo con número y medidas.
Algo que centuple mi nivel y responda
por tanta vena rota,
por tanto pan comido,
por tanta puerta abierta
sin lumbre ni sentido.

ENCUENTRO UN MEMORIAL EN MIS COSTILLAS

Te parieron de golpe.
Con árboles y todo te parieron.
Con tus fechas amargas,
con tus dientes futuros,
con tu manera de aguantar un susto,
de clavar una viga,
de decir “buenas tardes noche mía” .
Todo eso te lo dieron, te lo hicieron,
te lo fueron poniendo desde siempre.
Para ti se arrastraron.
Por ti fueron canales y aguacero.
Para ti se enfermaron
y tragaron jarabes
y compraron camisas y letreros.
Por eso que ahora dices y suspiras
y pudres en tus sienes
te vinieron pasando por sus venas,

fluyendo en sus orines,
volviéndote dolor en sus espaldas,
navegando de vientre a corazón,
de gestos reverentes a pedidos.
Se abrieron un buen día
dos piernas ante ti como dos puertas.
Te mostraron el mundo,
sus maderas,
el polvo que deshace y que levanta.
Sin decir lo dijeron, te dijeron:
aquí tienes tu manera de ser,
tus palabras dormidas,
lo que viene de atrás y te llevamos,
lo que de ti pesaba demasiado,
lo que sobra en nosotros y te falta.
Vive con todo eso.
Acumula sustancias y latidos.
Camina un poco tú,
usa tu sombra,
tu peso celular,

tu desconcierto de mirar los jazmines y los niños.
No preguntes por nada, sigue siendo,
sigue aguantando, sigue respirando.
No preguntes por nada.
Te basta con estar y ser un ruido,
con llevar lo que llevas,
con ser un maxilar bajo un sombrero
o un seno sobre un hijo.
Ahora tienes el mundo y un camino.
¡Tanto comer, tanto gastar espasmo,
tanto parir para un sendero sólo!,
para que tú camines,
para que tengas dedos y botones,
para que puedas nivelar un bulto,
asomarte a un balcón
y ver dos ojos que te buscan y piden,
que te llaman,
que suplican un viaje y un camino
con una boca oscura y una risa
que ha de estallar furiosa en otros dientes.

AL PIE DEL CASCABEL CRECEN DOS OJOS*

Hoy tocas dulcemente
su edad de hueso móvil,
su cadera creciente,
sus hombros que te buscan y caminan.
Tiene seis años de estar aquí,
de estar con el rocío.
Su edad es tantas veces un segundo
que ya perdí la cuenta de su llanto,
de sus árboles-ojos y los ruidos
que fecundan y lijan sus oídos.
Tu hija ha crecido.
Con ella está creciendo su muñeca,
su caballo de palo,

* En 1956, ROJAS HERAZO dedicó este poema a su hija de seis años, PATRICIA ROJAS BARBOSA.

sus trenzas de enroscar las buenas noches
y ese corpiño que le pusieron a crecer por dentro
corpiño de riñones, de sexo silencioso,
con pantuflas ladrándole a la almohada.
Tu hija está aquí con su gran animal agazapado.
Con seis años de leche,
de zapatitos rojos y lazos a la espalda.
Sus años de jazmín están creciendo.
Le empujan su garganta,
le alargan las mejillas
y le tejen su traje de mujer y sus hijos
nadando entre la luna de sus ojos de niña.

CANTILENA DEL DESTERRADO

Me pusieron mi ropaje de vísceras
y luego me dijeron:
camina, escucha, dura,
ganarás la lumbre de cada día con el sudor de tu alma.
Y héme aquí con un poco de barro semoviente,
con veinticuatro horas de jornal o de sueño,
con sesenta minutos en cada órgano,
con sesenta segundos de tic-tac en las venas.
Héme aquí con un poco de risa, de estupor y de sombra.
Haciendo mi tarea,
haciendo como que hago,
como que vivo o muero.
Como que soy igual, distinto o parecido,
a aquel que me saluda, me tropieza o me nombra.
Héme aquí con mis días,
mis semanas, mis meses, metidos en cintura.
Jugando a mis tendones.

Con una abeja simple fabricando mi mocus.
Con mis botones aferrados
para cubrir el vello y el hedor de mis nervios.
Héme aquí con mis lunares y mis letras.
Mi nombre no concuerda ni importa,
ni hace el caso en el hondo paladar de estar vivo,
de atrás,
de aquellos que molieron su muerte
y se volvieron cal y fuerza entre mis huesos.
Yo no pido respuestas o ladridos.
Yo no quiero una cláusula que me limpie las uñas.
Yo nada quiero, nada,
sino llegar, mirar, olfatear y después
dejar que otros deshagan, con su furia de vivos,
mi paladar, mi huella, mi sangre y mi camino.

LA REINA

Lydia era la dueña de los cocuyos.
Ella los llevaba al mar en las noches oscuras.
Los soltaba cuando los jazmines dormían entre la sal.
Lydia tenía una frente de pájaro.
La recuerdo entre las tablas rotas
y los cordajes de humo.
Su voz era un crustáceo herido.
Toda ella como un barco,
como un nocturno barco por siempre abandonado.

ESPINA PARA CLAVAR EN TUS SIENES

Y me voy a morir — tú bien
lo sabes —
a morirme de barro bien usado,
a morirme de risa repentina,
de risa de estar vivo como un hombre.
¿Para qué me trajeron cabestreado
por rosas y rosales y escaleras?
¿Para qué me pusieron estos ojos
y estas manos sin aire
y estas venas?
¿Para qué me pusieron tanta lumbre
tanto donde escoger y tanto frío?
Me dan risa este día y esta hora
y esta rosa en su tiesto y este muro
que me grita su yedra y su volumen.
Me da risa la tierra y mis dos piernas,
las ganas de morirme en que me pudro.
El aire que respiro me da pena.
Pena de coliflor, risa de nada.

JACULATORIA CORPORAL

Dadme por siempre este aire terrenal,
esta tierra que piso con mi peso,
este sordo crujido,
este olfato temible,
esta frente curvada por el uso.
Todo esto quiero aquí,
donde me duela más,
donde me queme.
No me llamen de arriba ni de abajo.
De aquí quiero yo ser,
de este lugar que muerdo con mis ojos,
con este ser hambriento que me nutre.
Aquí quiero vivir aunque no pueda,
aunque me pongan cáscaras encima,
aunque me muestren siempre una casa llorando,
aunque me digan “¡vete”! con filos en la lengua y en
los ojos.

Aunque un ángel me llame
aquí quiero vivir.
Aquí, con mis dos piernas y mis muelas
para ser y morder, y mis venas girando diariamente.
Quiero el sol y las tapias
y los árboles verdes
y sus hojas flotando entre las torres.
Se está tan bien aquí, en esta habitación de las mejillas,
sintiéndose los labios y la frente,
palpándose por dentro,
siendo dueño y señor de mi saliva,
de mis golpes de sangre en la muñeca,
del rumor que me asciende de mis nervios de abajo,
de aquello que me nutre y que me dice:
está bien, sigue mirando,
sigue escuchando,
sigue gastando piel, dolor y regocijo,
sigue matando vacas para hacer tus zapatos.

Todo está bien para que sigas siendo,
siendo lo que te damos y deshaces,
siendo polvo de ti, de tus costillas,
polvo de tu camino y de tu vientre.

ATÓNITO SUSPENSO

La pluma inunda el ave.
La rosa se concentra.
Y pétalo por pétalo
refugia su perfume en sus espinas.
El árbol, regresando por la savia,
busca el lodo y el hueso
y acurruca su verde en la semilla.
El hombre se repliega en sus facciones,
toca su llaga viva,
e introduce su imagen en su sangre.
Todo colmillo monda su blancura,
toda forma dibuja su contorno,
todo espesor defiende su volumen.
Es el santo y la seña,
es el repliegue,
la norma concentrada,
el ruido que se oye y se vigila.

El ojo abierto,
la pezuña en vilo,
el camino sin nadie,
la voz parada,
la palabra seca,
el mar que roza a Dios,
traga su espuma
y detiene sus olas esperando.

SÚPLICA DE AMOR

Por mi voz endurecida como una vieja herida;
Por la luz que revela y destruye mi rostro;
Por el oleaje de una soledad más antigua que Dios;
Por mi atrás y adelante;
Por un ramo de abuelos que reunidos me pesan;
Por el difunto que duerme en mi costado izquierdo
Y por el perro que le lame los pómulos;
Por el aullido de mi madre
Cuando moqué sus muslos como un vómito oscuro;
Por mis ojos culpables de todo lo que existe;
Por la gozosa tortura de mi saliva
Cuando palpo la tierra digerida en mi sangre;
Por saber que me pudro.
Ámame.

UN HOMBRE AL LADO DEL CAMINO

Podrán decirme
traga tu saliva
aguanta
tente despacio, pon tu buena letra,
firma no más que lo demás es lodo.
Podrán esto y el otro y lo del otro
repetirme
hasta lijarme huesos y memoria.
¿Y qué más da, respondo,
qué me gano y se llevan de mi luto?
¿Qué más da que me doblen y me entierren
y me encimen de paso mi delirio?
¿Si algo me rompe, si algo me sacude,
si un ala me divide
si no vivo más que de muerte natural
si siento
que estoy perdido
que he sido herido por mi propio filo?

EL DESEO

El deseo es vegetal
pide caminos
aire
quiere temblar en fruto
suspenderse
pide un cuerpo abonable
pide un labio
pide comer y ser comido
quiere
entrabarse y gemir con ramas duras.
Gime por ser
quiere temblar
sentirse
palparse desde dentro
saberse entre las cosas respirando.
Quiere el viento y el ala
quiere el día

quiere el follaje de su fuerza oscura
brillando entre la luz hoja por hoja.
Es vegetal por eso:
por su destino de tiniebla y cielo
porque rompe y emerge
porque sube
porque la muerte sufre con su anhelo.

LOS PESCADORES

Con su linterna
parecían dos girasoles en la noche.
Ella y él
con su aroma de sueño
con su perfume de hijos en los brazos.
Todavía sin sonido las palabras
Pero el mar es el mar (y lo sabían).

RESPONSO POR LA MUERTE DE UN BURÓCRATA

Se te ha borrado súbitamente el mundo
como la lámpara que trasladan a otro aposento.
Ahora son tus tres eternidades de sombra
pues tus sentidos se enfrentan a una nueva inocencia.
Déjame, hermano mío, humedecer mi alma
con la lluvia de tus células bajo la piedra.
Déjame ahora aspirar el olor que tuviste un domingo,
el olor de tu traje ese domingo con lilas,
cuando descubriste, con ternura parecida al remordimiento,
la cintura de tu mujer
al desnudar una naranja frente al retrato de tu padre.
Déjame recordar el puntito de grasa
en tu corbata de hombre numerado
cuando acariciabas la silueta de una artista de cine
con tus dedos azorados en la gaveta del escritorio.
Déjame, ¡oh burócrata!, llorar por tus quincenas atrasadas
y tus pijamas demasiado sucias

y por las imperceptibles cicatrices que dejaron en tu rostro
las sucesivas liturgias del jabón y la cuchilla afeitar.
Porque ahora eres profundo y hermoso
como un camino recordado desde otro país.
Ya no buscarás tu nombre, hermano mío,
con tu apellido equivocado,
en la modesta narración de un cumpleaños
en el último rincón de un periódico.
Ni alisarás el cristal de tus lentes
mientras un monarca de papeleta
te amonesta por el pecado de retrasarte
contemplando la mañana perfumada por el mugido de los
eucaliptos.
Ni llorarás por la huella de las estaciones
sobre un adiposo libro de contabilidad.
Ahora, pariente delicado del gusano y el ángel,
te disuelves levemente mientras el calendario revolotea sin sentido
sobre las excrecencias farmacéuticas de dejaste sobre tu lecho.
Ya ha terminado el suplicio de los ruidos y los sabores
que circundaron la monotonía de tus sesenta años.

Ahora —hombre alimentado por tantos y tan diminutos
mendrugos—
has alcanzado, ¡por fin!, la gloria de la putrefacción
pues tu nombre es apenas, un poco de tinta
que deshace la lluvia sobre el cartel de una esquina
o la rúbrica dibujada en el papelito
que acaban de arrojar a la canasta de los desperdicios.
¡Qué lejos, ahora, tu mechón, sobre la frente
y la furiosa erección de tus células
cuando olfateabas el abrigo de una secretaria
abandonado en el lavabo de tu oficina!
¡Qué lejos ahora la fruta al mediodía,
la revista semanal bajo la axila,
y el zumbido de las moscas en tu ventana de convaleciente!
¡Qué distante queda ahora de ti
el cinematógrafo de tu barrio
y la solterona que todos los días espera frente a tu puerta
el bus de las tres de la tarde!
¡Qué absurda te debe resultar en la cal del silencio
la distancia que media entre tus párpados y la mejilla del amigo

cuando escuchabas la súplica de un préstamo
a la puerta de un ministerio!
Acá has dejado la hojarasca de tus tarjetas timbradas,
las medias zurcidas en la maleta de tu tía,
la palabra tui que pronunciabas cuando estabas triste.
Acá has dejado un bulto vago,
la memoria de una tos,
el gesto de tu mandíbula cuando presentías el ácido de un limón
en la vitrina de un restaurante.

Desde tu ausencia,
desde la estrella que empieza a temblar
en la penumbra de tus zapatos con tacones comidos,
te veo ahora, poderoso y desnudo como la madera,
eterno ya, tranquilo,
con el paraíso conquistado
a través del purgatorio de tus copulaciones solitarias.
Te veo — ¡oh dolorosamente extraño, oh dulcísimo niño mío! —
en un círculo donde la destrucción

EPITAFIO A LOS DOS ADOLESCENTES

¡Oh voluntad amante
signo frío que en luto se resuelve!
Anhelo de cruzar la voz, el tiempo,
siendo de luz y no vibrando en ella.
Lo sabemos: el aire es más verano
y más negro el racimo
cuando el olvido moja nuestros hombros.
Y hemos sido de polvo,
hemos durado.
Fuimos mejilla, lágrima y suspiro
y la muerte encendió su lirio oscuro
cuando apenas rozábamos el mundo.

CONFIANZA EN DIOS

Cuando llega el momento
(varias veces al día, la semana y el año)
tiento a Dios, a sus codos,
al alambre en que pone a secar sus membranas.
De manera que aprieto sus dos manos,
una así contra otra, llenándolas de nada.
Y después le pregunto si está bien,
si ha gozado en el juego,
si le han dado su poquito de incienso,
o si ya no le duelen los huesos con el frío de
la noche.
Así lo trato y él me responde igual.
De esa manera que tiene de mirarme en los
espejos,
socarrón,
tan queriendo y haciendo que no quiere,
que no sabe,

que pase lo que pase seguirá frente a mí
comiéndose las uñas.

O poniendo aquel guiño entre sus ojos,
que conozco tan bien que ya me cansa,
por ver si yo le guiño alguno de mis ojos.

MENESTER

Por lo tanto medito las huelgas,
me rasco los riñones,
devoro montones de basura con mi olfato.
Otro tanto las guerras, los heridos
que bailan dulcemente en los periódicos,
en sus islas de tinta,
los hombres que bostezan en los parques,
el niño sin nacer
que llora, perfumado, en mi pañuelo.
También los orinales en la tarde,
oliendo con la muerte de los vivos.
Todo esto es mi negocio, redondo y exclusivo,
lo que ocupa mis sueños y mis ojos.

EL AMIGO

De pronto me miró,
solitario el que más como ninguno.
Me miró con sus ojos y sus huesos
y sus desnudos pies entre zapatos.
No pude resistirlo (el hombre no soporta
lo que mira hasta el fondo).
A espaldas de él estaba el paraíso
con todos sus demonios y pucheros
y papá Dios haciendo sus globitos.
Y de este lado estaba la consola,
los muebles, los testigos de la sala.
Y el amigo sentado en su silleta.
Mirándome, sentado, respirando.

OTRA VEZ EL AMIGO

Vuelve de tarde en tarde.

Soy yo mismo quien me mira en sus ojos
al sentarse en un mueble o inducir un saludo;
vapuleado por olvidos y sueños,
con ceniza en la voz y las manos vacías,
buscando mis palabras, oyendo su respuesta en
mis preguntas.

A veces ladea el rostro, aparta su mirada
y tose suavemente.

Podemos hablar o extender el silencio
(cosas, evocaciones que ya no son palabras)
recordar lo que pudimos ser
mientras no fuimos,
nutrirnos de un tedioso arsenal
rescatando cadáveres dormidos, entre rosas
antiguas.

Entonces cambia de postura en la silla

y se queda mirando una parte del mundo
(tal vez ese ángel que cuelga del ropero en forma
de camisa
o ese polvillo con que el día se disuelve en la luz)
y luego parece despedirse desde esa misma silla
en que sigue sentado
para volver después,
sin que nadie lo espere,
fantasma del olvido en otro sueño.

CONTANDO CON LOS DEDOS

Una buena mañana, al despertar,
te encuentras con tus ojos y tus huesos.
Haces cuenta: a tanto por difunto
y te limpias un poco (esgarras rudamente)
las viejas cañerías de la hiel,
te afeitas, escupes en la taza del baño
y te escuchas llover entre las piernas.
Como un músico, afinas la voz en tu garganta.
Sales al sol, prometes sin querer ni saberlo,
ser mejor cada día, servir a tu bandera,
dar a dios lo del César y al César lo del viento.
Lo de siempre. En fin, así te sientes.
Y te pones a arreglar tu cajita de lodo,
a clavarle la luz y la sombra de tu horario,
a usar como quien dice el esqueleto.
Dejas el rostro allí, sobre la brisa,
como quien deja un plato

y recibes en pago tu ración de amargura.
O tal vez de esperanza. Depende.
Te regaña la muerte o la salud por incumplido,
por no ser más estricto. Te regaña.
Y regresas a ti, te pierdes en tu asunto.
O te ríes. De algo te ríes, suponte.
O te quedas sentado, oyéndote por dentro.
Así mientras ocurre, así la cosa.

ANCIANO ANTE EL ESPEJO

Nunca fuiste completamente joven
nunca serás completamente anciano.
Un disturbio de fuego equilibra tus años.
¿Ves ese niño que contempla tu rostro en el espejo
y vibra y te envejece mientras arde?
Es el sueño sin tiempo,
el hombre sin edad que en tu cuerpo regresa.
Fluye, pues, en tus años que acompasa la muerte.
El joven que no fuiste
te espera en el anciano que no eres.

* * *

Tus arrugas se funden en un nuevo diseño.
Lentamente ha emergido tu profundo habitante
a mirar con tus ojos los ojos que lo miran.
al fin conoces esa muerte paciente, casi húmeda,
que anidaba en tu sueño antes de ser tú mismo.

INVENTARIO A CONTRALUZ

Te hago el relato de estas cosas ahora,
cuando todos han muerto.

Cuando ya solamente la memoria
es río, cosecha, solitaria espuma de patios,
trinos que se deshacen en el calor
mientras dulces mujeres
parlan bajo las hojas, en la tarde,
frente a tiestos de orégano.

Ahora todo es lejano
pues ha ido cayendo blandamente de nosotros
como un poco de arena de una mano.

Ahora tal vez escuchas, tal vez sueñas.

Tal vez inventas ese duro monte
que sacude en la yerba su relincho.

O sigues, por un filo de luna,
el olor que te conduce a los viejos baúles,
a la alacena, al retrato del tío,

el de mostachos de gitano y ojos de ángel,
el que parpadeaba con secreta delicia
cuando tú, dulce hermana y madre mía,
ponías la lámpara
frente a las frutas y los platos de arroz,
el que murió un domingo ¿recuerdas?
Te hablo de la memoria,
de las alcobas, los muebles y los cuchicheos en la
memoria.

De la forma en que el viento
restregaba los arcos del comedor
y hacía gemir los corpiños y los pañuelos en el alambre,
de cuando el mar, disfrazado de viento, cuando el humo.
Te hablo del mundo, del tiempo en este mundo.
De días que ardieron como finas monedas
(rostros nítidos, con luz, con luz furiosa y viva,
vestidos que cubrieron amados cuerpos, que nos
cubrieron,
semanas olorosas a toronjil)
te hablo de entonces.

POEMA DE LA PROFUNDA DESPEDIDA

Por última vez
toma el íntimo fuego de mis manos
y el brillo de mis ojos en tu cuerpo.
No olvides la manera que teníamos
de andar entre los seres
y de mirar el agua y las palomas.
No olvides el color de los almendros
ni el ojo de las bestias
ni el brocal de los pozos conocidos.

Por última vez
toma esta torre y esta tarde amada
que se irán con tu sangre para siempre.
Toma el sabor maduro de los frutos
y el color de mi piel y de mi traje.

Por última vez
contempla la estatura de mi cuerpo,
la forma de mis labios

y el beso de mi voz en tus cabellos.
Por última vez
bebe el sonido transparente y vago
del cielo entre los árboles inmensos.
Y recuerda la lluvia y los caminos
cuando éramos los dos una mirada
repetida en la niebla por el viento.
No olvides las palabras detenidas
como pájaros ciegos y vencidos
ni el latido profundo de mis venas
al dejar nuestras huellas en la arena.
Recuerda la frescura de los cántaros
a la hora del azahar y de los besos.
No olvides las estrellas
miradas por los dos bajo la bruma.
Ni olvides mi manera
de ser feliz ante los hechos simples:
de tirar piedrecillas en el agua
de cantar en la yerba

o de mirar el vuelo de las nubes
en el húmedo cielo de tus ojos.
Ahora sabrás esta costumbre mía
de regalarte cosas fugitivas:
el aroma de un huerto, la mañana
durmiendo sobre un lirio estremecido,
una palabra vaga
o una espiga sin savia ni sentido.
Por última vez
toma el dolor de este silencio mío,
toma la claridad de mi agonía;
mira el muro de yedra envejecida,
el patio solitario
y esta breve colina donde flota
el herido temblor de mi pañuelo.
Escucha siempre este secreto llanto
que resbala sin rumbo por mis huesos.
Toma mi soledad y mi dulzura
y viaja con mi nombre hasta la muerte.

SENTENCIA

La baba te dará su miel oscura.
El carbón tizará tus hombros claros.
El agua amasará tu sacrificio
sin apagar tu sed ni aplacar tu amargura.

Tendrás humores, pues tendrás un cuerpo.
Pisarás firmemente con tu efímero polvo.
Negarás tantas veces que serás afirmado
de lo mismo que niegas y lo mismo que huyes.

Nadie dirá: “lo he visto, lo he tocado en su centro”.
Vivirás prisionero de tu ser escondido.
Dudarás de ti mismo, sufrirás de tus ojos,
cantarás sin que nadie te mitigue la frente.

No alzarás la mirada ni pedirás sosiego.
Ni paz a tus pulmones ni reposo a tu sangre.

No dirás: “he vivido, dadme un poco de olvido”
porque la luz está sellada con tu nombre.

Arderás, lucharás, comerás de tus codos.
El luto ceñirá tu esplendor ceniciento.
Tu eternidad y espacio te colman y saludan:
Expiarás para siempre el haberte encendido.

HÉCTOR ROJAS HERAZO, Tolú 1921-Bogotá 2002. Poeta, pintor, periodista y escritor. Publicó cinco libros de poemas: *Rostros en la soledad*, 1952; *Tránsito de Caín*, 1953; *Desde la luz preguntan por nosotros*, 1956; *Agresión de las normas contra el ángel*, 1961; *Las úlceras de Adán*, 1995, Edit. Norma, y la antología *Las esquinas del viento*, Edit. EAFIT Antioquia 2001.

Fue autor de tres novelas: *Respirando el verano*, 1962; *En noviembre llega el Arzobispo* (Premio ESSO de Literatura, 1967), y *Celia se pudre*, 1986 y 1998. Su libro de ensayos *Señales y Garabatos del habitante* se editó en Colcultura, 1976.

Como pintor realizó más de 50 exposiciones entre Colombia y el exterior.

Distinciones: Doctor Honoris Causa de la Universidad de Cartagena, 1977; Medalla del Congreso de la República grado de “Comendador”, 1991; Medalla de ProArtes al Mérito Literario, 1995; “Cruz de Boyaca” al Mérito Literario, 1998; Medalla “Gran Orden del Ministerio de Cultura”, 1998; Medalla “Gran Orden” al Mérito Literario Francisco José Zea. Homenaje a su totalidad expresiva Universidad de Antioquia, 1998. Placa del Ministerio de Cultura por su Aporte Literario al Mundo, 1998, Premio de Poesía “José Asunción Silva” a su labor poética, 1999; Medalla de la Universidad Santo Tomás de Aquino en su IV centenario de fundación al Mérito de una Vida Ejemplar, 2000.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas - Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo



Editado por el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en noviembre de 2005

Se compuso en caracteres Garamond de 10 puntos
y se imprimió sobre papel periódico de 48.8 gramos,
con un tiraje de 13.500 ejemplares.

Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem